que contrae Jesús con mi alma. Interviene en él palabra y promesa, que Cristo cumple perfectísimamente; hay unión, no sólo de los cuerpos, sino de los espíritus; y la unión de los cuerpos, con que nos hacemos con el Santísimo Sacramento una carne con la de Jesús, es mucho más estrecha que la que hay entre dos asociados. Pues ¿por qué no atendemos cuánta obligación tendremos al Hijo de Dios por el nombre y oficio tan tierno y amoroso con que significa más amor, que con el título de hijo, pues por la esposa dejará uno a su padre y a su madre? y es así, que dejó Jesús por nuestro bien el trono de su Padre y los brazos de su Madre para morir por nosotros; con ningún título ni nombre suyo ha hecho lo que con este de esposo, celebrándole por todo un libro de la Sagrada Escritura, por ser título, no solamente metafórico, sino del oficio y estado suyo propio, en que nos muestra su caridad infinita. Varios nombres hay de amor y unión, como de padre y madre, hijo, hermano y amigo: ninguno es más amoroso que el de esposo. Examine, pues, un alma la obligación que tiene de amar a Jesús por ser su esposo. Mira como en la tierra conversan dos desposados que bien se quieren, con qué familiaridad se tratan; to-

dos los bienes del uno son del otro, teniendo comunión de todas las cosas; y no menos a Jesús, pues su matrimonio y obligación es más apretada: vea también el bien que tiene con tal desposado. Al pueblo de Judea valió la vida y libertad que tuviese Ester por esposo a un rey de la tierra: ¿cuánto valdrá al alma que ella tenga al Rey del cielo?

CAPÍTULO XXIII

Que se ha de procurar hacer concepto de la dignidad de Jesucristo y sus merecimientos.

Considére todo lo dicho el fervoroso amador de Jesús para conservar y adelantar su afecto, y saque un alto dictamen de la persona y merecimientos de su Salvador, procurando penetrar cuanto pudiere la excelencia y dignidad del Hijo natural de Dios, los oficios que ha hecho con nosotros, la grandeza de sus merecimientos, y la ocupación de su santísima vida. Jesús es un hombre de igual santidad con Dios Padre, y Dios como él: pero

más humilde que la tierra. Jesús es el Unigénito de Dios, figura de su substancia, el Sacerdote eterno, según el orden de Melquisedec, el Apóstol y Pontífice de nuestra confesión, primogénito de toda criatura. Jesús es el que lo es todo; por El y en El es todo; y sin El no somos nada. Jesús es el que medió para pacificar los ángeles con los hombres, y reconciliarnos con Dios. Jesús es el arco iris y la señal de paz y del concierto y testamento eterno; Jesús es aquel cuya autoridad pudo tanto con el Padre, que hizo que los que éramos esclavos del demonio nos prohijase, y aceptase por hijos del Altísimo. Jesús es a quien respetó el Padre Eterno; y en un negocio tan desesperado como el salir de nuestra condenación a ser herederos de Dios, donde no era posible remedio creado para nuestra redención, que satisfaciese por igual, ni templase la justicia divina, en llegando Jesús le tuvo tanta reverencia el Padre, que al punto nos perdonó y concedió las riquezas de su divino Espíritu, que liberalísimamente derramó en la Iglesia; y los mismo hiciera con mil mundos: a todos perdonara, no sólo por una gota de sangre o una lágrima de Jesús, sino por sólo levantar los

ojos al cielo, o cualquier otra acción suya; porque como todas eran ordenadas y tan puestas en razón, y hechas con altísimo fin, por sólo comerse un bocado o echarse a dormir, merecía la salvación de todas las criaturas, por ser El nuestra carne y sangre tan santa como el Espíritu Santo. Jesús es el Maestro de la vida, Doctor de la filosofía del cielo, ejemplar de nuestras acciones: quien no le siguiere anda en las tinieblas y engaño, y en las sombras de la muerte. Dadme, buen Jesús, gracia para que atienda esto y sentir en lo íntimo del corazón lo que confieso y creo. ¡Oh alma mía!, no se si entiendes lo que dices cuando dices Jesús, cuando dices Salvador, cuando dices merecimientos de Cristo, cuando dices (lo que excede a todo entendimiento) que Jesús es un hombre, que es también Dios. Hagamos concepto y estimación de esto, como la hizo el mismo Señor, que dijo a su esposa Santa Matilde, que todas las veces que, estando en la tierra, se acordaba de aquel acto de inmensa caridad y dignación, cuando el Verbo se unió a su santísima humanidad, no podía reprimir las lágrimas y ternura de su corazón, de puro gozo, reverencia y agradecimiento. Lo mismo hacía con

la memoria de la íntima unión que con su Padre tenía, siendo una cosa con El. Ablande mi corazón, amoroso Jesús, la misma memoria, y regálese y gócese mi alma con vuestra grandeza, que toda resulta en honra mía; pues el Unigénito del Padre, de una misma naturaleza con El; quiso tomar la mía para que fuese el hombre uno consigo. ¡O hijos de Adán! ¿qué más deseamos? ¿qué otra grandeza mayor podemos apetecer? Si bien lo consideramos, me parece que debe ser imposible al hombre tener soberbia después que el Hijo de Dios encarnó, no sólo por el ejemplo que nos dio su humildad, sino porque levantó al hombre a dignidad que no la puede apetecer mayor. No puede la soberbia humana codiciar cosa más grande de lo que el hombre es. No hay cosa mayor que Dios; y ya el hombre es Dios en Cristo Jesús. Pues tenemos esta honra, ¿por qué buscamos otra?

CAPÍTULO XXIV

De la estima y ternura con que se ha de amar a Jesús.

Recoja de todos estos motivos, para levantar gran llama de amor, el que es redimido por Jesús; y conforme un grande aprecio de su Salvador sobre todas las cosas del mundo, sobre su gusto y vida, que quiera antes perder, que disgustarle en ninguna cosa; de modo que en su comparación no tenga grandeza de mundo monta de una paja. El amor se puede considerar, en cuanto a su perfección, accidental y substancial. La accidental consiste en vehemencia y devoción sensible; la substancial en el aprecio y estima: una y otra hemos de procurar, primeramente la substancial, estimando a Jesús sobre nuestro gusto y vida. Ha de ser la estimación de las cosas conforme a sus merecimientos; y pues la santidad de Jesús es infinita, e infinitos sus beneficios, hémosle de estimar infinitamente sobre cualquier cosa. Miremos como estimó el mismo Jesús nuestra salvación, que en su comparación no hizo caso de su honra, gusto, reino, sangre y vida, con ser de infinito precio, como si mereciéramos noso-

tros ser estimados. Corrámonos que así nos estimase Jesús, sin merecerlo, y que nosotros con merecerlo El por tantos títulos no le estimemos más que al cieno de la tierra. Este amor y estimación procure arraigar cada uno en su pecho, con una determinación eterna, y más firme que una roca, de no hacer cosa que le ofenda, antes de determinarse, que no ha de haber mal ni tormento, que escojamos, antes de disgustarle. ¡Oh cuánta desvergüenza y cuan gran injuria se hace a Dios, cuando pisamos, como dice San Pablo, a su Hijo! Despreciamos su sangre, sus merecimientos, sus lágrimas, su sudor, sus trabajos, su vida, y sobre todo su amor por amarnos a nosotros, que debiéramos ser aborrecidos del mundo. Aprémiemos la caridad de Cristo a no mirar sino su gloria; tengamos confianza en nuestro amado que es aquel Dios fuerte y poderoso, como le llama Isaías, y el que venció, como dice San Juan, no menos que al infierno y al mundo, con el cual podrá uno todas las cosas en aquel que le conforta, según por excelencia nos lo enseñó su Apóstol.

Después se ha de pasar a procurar que el amor que se tiene a Jesús sea también perfecto, cuanto al modo, amándole tierna y fervorosamente con grande afición y voluntad. Mírese

con la ternura que ama una madre a su hijo, y una esposa a su esposo, y dos hermanos queridos se aman entre sí. Miremos con semejantes ojos y afecto a nuestro esposo y hermano Jesús. Consideremos la ternura, fervor y afecto con que el mismo Señor nos ama. Regalándose Santa Gertrudis con Jesucristo, enamorado de las almas, le dijo: "No puedo hallar cosa en la tierra, que me dé gusto, sino Vos, Señor mío muy amado". Entonces Jesús, que quiere llevar siempre la ventaja en finezas de amante, le respondió: "Yo, ni en el cielo ni en la tierra hallo cosa en que me deleite sin tí; porque todo el contento, que en tí tengo, es por el amor, que en tí he puesto". ¿Qué mayor fineza ni ternura que esta, con que así requiebra este amador nuestro, a un alma, diciéndola tales favores, que es menester interpretarle? ¿Qué decís, Rey de gloria y verdad eterna? ¿No está en el cielo vuestra Santísima Madre, en quien os podéis deleitar? ¿No está en la tierra vuestro cuerpo, y no está en el cielo y en la tierra vuestro Padre? ¿Cómo os ocupa tanto la afición de un alma? ¿Qué favor es, que cuando os deleitais en vuestra Madre y en vuestro Padre, os deleitéis también en ella? Tanto se endiosa un alma por los merecimientos de vuestra sangre, con que le

merecisteis que el Espíritu Santo derramase en ella su gracia, y tan un espíritu la hacéis con el divino, que, cuando os gozáis de vuestro Padre, se extiende este gozo a la criatura. Imitemos esta ternura y afición que nos tiene nuestro amartelado Jesús; no haya gusto para nosotros como Jesús, y estar con Jesús, y acordarnos de Jesús más veces que respiramos, saliéndosenos del pecho el corazón con sólo oír su nombre, revolviéndonos continuamente en deseos que todo el mundo le conozca y ame; y cada uno desee y procure esto en sí primeramente, partiéndosele el alma en afectos y ansias de su Salvador, su bienhechor y su amador.

CAPÍTULO XXV

Oración en la cual con reconocimiento humilde de nuestro desagradecimiento se pide a Jesús su amor.

Venza, amabilísimo Jesús, y quebrante tanta dureza de mi corazón, la multitud de vuestros beneficios, el abrasado incendio de vues-

tra caridad, la grandeza de vuestro ser. Una piedra con muchos golpes se parte; una cera con el calor se derrite; no hay fuerza que con otra mayor no se dome. A mi ni me basta el número de vuestras misericordias, ni las llamas de vuestro amor, ni la inmensidad de vuestra bondad. No son tan pequeños los males de que me librasteis, ni tampoco los bienes que me hicisteis, para que los eche en olvido. ¿Qué título hay para que os sea desagradecido? ¿qué agravio me hicisteis, buen Jesús, en toda vuestra vida que mereciese borrar de mi memoria lo que por mí habéis hecho? ¿acaso es por ser grandes vuestros beneficios? ¿o la voluntad y tierno amor con que los hicisteis? ¿o la terribilidad de dolores y afrentas, con que me los merecisteis? No porque, amando y padeciendo, me hicisteis tanto bien, os había de tratar como enemigo; no porque os costaron mucho, los tengo yo de estimar en poco. ¿Qué ley hay que mande, que los bienes engañosos y falsos que hacen los hombres, se paguen y se reconozcan, y los beneficios verdaderos e inestimables que nos hace Dios, se traten como injurias? ¿qué más mal término pudiera haber usado con Vos, si todo lo que hicisteis y padecisteis por mi amor naciera de odio y fuera por hacerme mal? ¿qué

ley hay que mande, que a quien ama más se quiera menos? ¿qué el de mayor autoridad se desprecie más? ¿qué del que es Dios se haga menos caso que de un hombre pecador? ¿qué amen a los extraños más que a los parientes y hermanos? A Vos, Señor, que me amasteis más que vuestra vida, que sois Dios eterno, amé menos que a una vil criatura, que a otro día desapareció. A Vos, Señor, que me honrasteis con ser mi hermano, soy tan inhumano, que no amé, ni quise bien a mi carne y sangre. Soy tan bajo que no estime a la honra de mi naturaleza. Los espíritus soberanos aman y adoran a mi carne en el trono de Dios: yo la desprecié y crucifiqué, y fui parricida de mi Creador, y homicida de mi hermano, y traidor al Señor legítimo de la naturaleza y gracia. He vivido tan engañado, que aún no me supe amar, pues dejé de amar a aquel de donde me viene todo bien. ¿Qué hago si no estoy loco, si no estoy desesperado, pues no amo a Jesús? Si me quiero bien, ¿qué puedo hacer sino amar a mi bien? Cerradas están las puertas; de otra manera no me puede venir bien alguno, sino por quien pagué tan mal; no podré tener honra sino por quien desprecié; no podré tener gusto verdadero, sino en quien disgusté; no podré tener vida, sino por

quien le quité la suya. Este sois, Jesús, amado de Dios y de los ángeles por lo que hicisteis y padecisteis por mí, sólo de mí despreciado. Los más nobles querubines tienen por honra ser pisados con vuestros pies, con que no habéis padecido desprecio por su gloria y salvación, ni golpe de un azote, ni punta de una espina; y ¡yo menosprecié a quien quiso ser menospreciado, azotado, coronado de espinas y crucificado por mí! ¿Qué cara puedo tener ahora para miraros, Salvador mío? pero ¿a quién he de acudir para que me libre de mis males? No tengo otro Redentor sino Vos. Nadie me puede dar la mano, ni querrá como Vos. Sólo Vos me podéis sacar de todo mal; de sólo Vos me ha de venir todo bien. ¿Qué mayor mal que mi desagradecimiento? ¿qué mayor bien que vuestro amor? Libradme de aquel: libradme de mí mismo; y concededme vuestra caridad, pues no os puedo pagar con otra cosa sino con mi corazón. Ea, Jesús, que me amáis con infinito amor, aún no me habéis echado el resto de vuestra misericordia: falta en que mostréis vuestra infinita humildad y mansedumbre, en permitir que os ame criatura tan desgraciada: muéstrase aquí vuestra caridad. A Santa Catalina trocasteis el corazón: a Santa Osana limpias-

teis el suyo: a Santa Metildis le disteis el vuestro: a Santa Teresa le enviasteis un serafín, que con un dardo de oro le hiriese el suyo: al fervoroso Antón Martín, Vos mismo, Dios verdadero de amor, con arco y flecha le conquistasteis su pecho. Tantas diligencias son menester para acabar de ganar para Vos el corazón humano, después de tantos beneficios, y después que conoce una criatura que le amáis. Yo que soy la más dura de todas, ¿cuánto más habré menester vuestro favor? Con todo esto no pido sino una gota de vuestra sangre, que reciba mi corazón, de la mucha que cayó en el suelo para mí. Tenga, Señor, estima de ella, para que mi alma os ame. Ameos yo, hermosura del cielo en quien se miran los ángeles; ámeos yo, gozo y alegría del Padre, en quien infinitamente se complace y agrada: ámeos yo, enamorado de las almas: ámeos yo, celador de la gloria divina: ámeos yo, amador del Padre, para que amándoos a Vos, ame a él con constante y eterno amor, que ocupe todos mis sentidos, que posea todas mis potencias, que cautive todo mi corazón y empiece desde luego lo que deseo hacer por eternidad de eternidades. - Amén.

CAPÍTULO XXVI

Como el que ama a Jesús le debe imitar.

Con la afición y aprecio de Jesús se ha de juntar el obrar. No ha de ser estéril el amor, ni ha de parar sólo en devoción; ha de ser fecundo y lleno de fervorosas obras, procurando en todas parecerse uno a su Redentor. No ama con fineza a Cristo quien no procura imitarle, porque es propio del amor hacer a los amantes semejantes; y así como el amor que el Hijo de Dios nos tuvo le hizo hacerse semejante al hombre de su misma substancia, tomando nuestra naturaleza, de la misma manera debe el hombre que ama aquella santísima humanidad, toda llena de Dios, que el Verbo eterno unió consigo, hacerse semejante a ella, y, cuanto pudiere, hacerse uno con Jesús. Por la misma causa el Padre Eterno que nos propuso a Cristo para que le amásemos, nos le propuso también por dechado y ejemplar a quien debíamos imitar; y no desea de nosotros otra cosa más ardientemente sino vernos semejantes a la imagen de su Hijo, y transformarnos en él. Miremos, pues, las obras y costumbres santísimas de Jesús; miremos los sentimientos de

su purísimo Corazón, y procuremos hacer y sentir lo mismo. ¿A qué cosa mejor podemos aspirar que a lo que Jesucristo fue y nos enseñó? ¿qué cosa habrá en la tierra que nos haga más que el Hijo de Dios fue? ¡Oh Padre de las misericordias! ¿no me era a mí bastante aprender de las más viles criaturas, de un vil gusanillo la humildad, de un jumento apaleado la paciencia, de una hormiga la diligencia y cuidado de mi bien, sin atreverme a alzar los ojos a vuestro Hijo? Harta honra fuera para mí y harto favor vuestro que me permitierais vivir en compañía de los gusanillos de la tierra. ¿Qué es esto? que queréis que no tenga menor dechado de perfección que la de vuestro Unigénito, queriendo que goce de su compañía y conversación, y que me ajuste a vuestra voluntad como él se ajustó, no sufriendo que tenga yo otra regla, ni orden, ni gobierno, sino la que él tuvo, que es vuestra honra y gloria y voluntad divina.

Ha de procurar el que ama a Jesús esta imitación, por ser lo que más atrae los ojos del mismo Señor y de su Padre, para ponerlos en nosotros muy cordial y amorosamente. Ama el Padre Eterno ternísimamente a su Hijo: y donde quiera que se le representa alguna ima-

gen suya, se le va el corazón y los ojos; y no puede dejar de complacerse en el retrato de sus virtudes y perfecciones; porque así como se goza y complace infinitamente en su santidad y atributos, así no puede dejar de regocijarse con su estampa y memoria. Gózase con su Hijo primogénito con amor inmenso; y no puede contenerse viendo un hermano suyo que se le parece; y como el amor de Dios no es estéril, sino eficaz y obrador, es muy interesada la imitación de Jesús, por irse tras los ojos de Dios sus manos, llenando de dones a quien ama, porque imita a su Hijo.

Consideremos que ni al Padre Eterno podemos hacer servicio que más le agrade, ni al mismo Jesús cosa con que más le agradezcamos lo que padeció por nosotros. Tanta costa de dolores y afrentas de su vida y Pasión no era menester para redimirnos: menos bastaba; pero todo era necesario para que le imitásemos y tuviésemos un perfecto ejemplar que mirar. Y así uno que no hace caso de seguir a Cristo, desprecia el exceso de su redención, siendo el más desconocido e ingrato de las criaturas. Miremos quien ha de agradecer a Jesús lo que nos amó y lo que padeció por nuestros pecados, si no le somos agradecidos nosotros

en esto. Considérese cada uno que él solo fuese en el mundo deudor a Cristo de todas sus finezas, y que, con admiración de los ángeles y espanto de los demás hombres, a él sólo se hubiese hecho tan estupendo favor, que por sólo su bien, porque tuviese dechado de la vida que imitar, bajase el Hijo de Dios a la tierra y encarnase y muriese con tantos géneros de tormentos, de modo que no tuviese Jesús otro de quien pudiese esperar fruto de su Pasión ni agradecimiento, sino de él. ¿Sería bueno que entonces fuera uno lo que ahora es? Creo que sería poco que las piedras saltasen contra él, que los ángeles le tirasen rayos, y que todos los demás hombres clamasen al cielo venganza, afrentados que fuese de su naturaleza una criatura tan maldita y desconocida a su Dios. No tiene ahora uno menos obligación de imitar a Jesús y agradecerle sus trabajos, antes más, pues tiene que agradecerle lo que por sí hizo, y luego que lo hizo también por nuestros hermanos. ¿Cómo nos atrevemos a levantar los ojos, siendo tanto mayor nuestra desvergüenza, pues, debiendo más, vivimos satisfechos y muy contentos de nosotros, que con menor deuda no lo estuviéramos? No suframos, pues, esta tan grande afrenta y vergüen-

za en que estamos. Honrémonos de ser parecidos y conformes con el Hijo de Dios como buenos hermanos.

Hemos de procurar, exterior e interiormente, ajustarnos y unirnos con Jesús y obrar como si fuéramos, no dos, sino una persona sola, imitando en esto aquella naturaleza humana y divina, que están en Cristo, que hacen una persona sola, y las obras diferentes de cada una se atribuyen al mismo operante. Tales han de ser nuestras obras y pensamientos, como si fuera el que obra y piensa el mismo Jesús. No haciendo en cuanto pudiéramos cosa que desdiga de su impecabilidad y pureza, obrando como si estuviéramos dentro de la persona de Cristo, y Cristo dentro de nosotros. Acordémonos que somos su cuerpo, y que somos verdaderamente miembros de Jesús, que no solamente tenemos carne semejante, sino que somos una carne, y un cuerpo, no estimándonos por dos distintos, después que nos hizo uno con su carne por medio del Santísimo Sacramento, con unión real, substancial y verdadera, como enseña San Hilario, y otros santos y doctos teólogos lo declaran. Y así es como por esta causa tratará Cristo nuestra carne como la suya. Por

lo cual, según el Concilio Niceno y San Ireneo a los que comulgan resucitaría, aunque no hubiera decreto general de Dios de la resurrección, ni otros hombres hubiera de resucitar, sólo porque a los tales tiene Cristo por su carne, y como su carne está resucitada querría también que estuviesen con semejante prerrogativa de la resurrección los demás a quien él hubiere hecho una carne consigo.

De la misma suerte hemos de mirar nuestra carne como la de Jesús, y no hacer cosa que desdiga de su reverencia y santidad no afeando en nosotros el cuerpo hermosísimo de Cristo, cuyos miembros somos. Reverenciémonos, por esta causa, a nosotros mismos, pues aun a la Reina de los Angeles la vio la esclarecida virgen Bienvenida de Austria, que reverenciaba los que comulgaban, y les inclinaba la cabeza. El ilustrado y santísimo varón Alonso Rodríguez, hermano de nuestra Compañía, vio que, cuando comulgaban los otros hermanos nuestros, estaba Cristo en cada uno de ellos, entrañado con un modo maravilloso. Tratémonos, pues, como si fuéramos unos Cristos de Dios: no hemos de mirar sino por los ojos de Jesús, no oír sino por sus oídos, como si nuestra alma estuviese den-

tro del cuerpo impecable de Jesús, de modo que nuestras acciones pasen por las potencias y sentidos de Cristo, como un rayo de sol por una vidriera, procurando regirlas con semejante santidad y modestia. No tuvo Jesús movimiento del ánima ni del cuerpo, ni movió los ojos, ni meneó la cabeza que no fuese con grande conveniencia y ajustamiento a la razón y con altísimo fin, y con una divina modestia y prudencia, que ni aun cuando dormía se pudo volver del otro lado, que no fuese con razón y merecimiento que bastase a redimir el mundo. El mismo estilo se ha de guardar en las demás acciones de virtudes que hemos de ejercitar. Hemos de padecer con la paciencia de Jesús, abatirnos con su humildad, guardar las leyes con su obediencia, tratar con otros con su afabilidad.

CAPÍTULO XXVII

De como debe hacerse uno en lo interior semejante al corazón de Jesús.

Y no menos cuidado se ha de poner en conformarnos interiormente a imitación de Jesús, procurando hacer nuestro espíritu uno con el suyo, para que con esto la semejanza sea perfecta y la transformación entera; porque mucho más se pueden y deben unir los espíritus que no los cuerpos; y la transformación de los amantes en los ánimos se hace. Hemos, pues, de mirar por nuestro corazón como si fuera el corazón purísimo de Jesús, cuidando que tenga semejante limpieza, semejantes sentimientos, semejante caridad y deseo de la gloria de Dios. Reveló el mismo Señor a su esposa Santa Matilde, que desde niño tuvo su corazón amorosísimo, por la suma caridad que en él ardía, muy diferente pulso y movimiento que los demás, dándole de continuo en el pecho cuatro golpes, los tres sobremanera recios, como que se le salía el pecho; nacidos todos del amor vehementísimo con que se abrasaba. Imitemos esta caridad de Jesús y tengamos un corazón parecido al

suyo. ¡Qué lejos estaba el corazón de Cristo de aficiones de la tierra, de dejarse apoderar de pasiones, de teñirse de afectos humanos, de hacer las cosas por respeto e interés! ¡qué lejos iban sus dictámenes de los del mundo! Esto ha de procurar muy principalmente el amador de Jesús, embeber en su alma toda la doctrina del Hijo de Dios y teñirse de sus altos sentimientos, de aquel sumo aprecio que tuvo de la humildad, de la obediencia, de la pobreza, del ser perseguido. Aunque a toda la Sagrada Escritura hemos de respetar como palabras de Dios, debemos tener particular devoción y respeto a lo que Jesús por su boca nos enseñó, y tener singular cariño a su doctrina: porque si a los que contravinieron a lo que el Espíritu Santo habló por los ángeles y profetas castigó Dios severísimamente, ¿qué desvergüenza será menospreciar nuestra salvación y vida, que está en las palabras de Jesús? Tengamos respeto por quien nos habló Dios, que es por su Hijo, a quien instituyó heredero del Universo; por quien hizo los siglos; el resplandor de la gloria; la figura de su substancia; el que sustenta todas las cosas con la palabra de su virtud; el que hace la purgación de los pecados del mundo; el que está sentado

a la diestra de la Majestad en la alturas; el que es tanto mejor que los ángeles, cuanto tuvo por herencia mejor nombre: porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios: "Mi Hijo eres tú; hoy te engendré; tu trono durará por los siglos de los siglos; adórenle todos los ángeles de Dios?" A ningún serafín concedió estos privilegios, sólo por gran favor se llaman los ángeles ministros y criados suyo. Advirtamos, pues, que es tan de fe como ser Dios trino y uno, que la pobreza, lágrimas, padecer persecuciones, están tan lejos de ser mal, que son, no solamente bienes, sino que bienaventuranzas las dijo Jesús. Este sentimiento es de Cristo; esta doctrina es toda suya; ésta, finalmente, es verdad; todo lo demás engaño y tinieblas. A esto nos persuadamos y forjemos en nuestro corazón dictámenes que desmientan todo el linaje y estimación del mundo, que se atreve a contradecir la verdad eterna de Jesús; lo cual ha de llevar impacientemente, digámoslo así, el que es verdadero amante de su pacientísimo Redentor. Uno que ama a Jesús ha de oír de su boca, con tanto mayor gusto como la Magdalena, los consejos de perfección, considerando el amor con que los dice y la autoridad y prudencia del que los dice, que es aquel a quien

llamó Isaías, Angel del gran consejo, Dios fuerte y poderoso.

CAPÍTULO XXVIII

Práctica de imitar a Cristo, según el bienaventurado San Francisco de Borja.

Facilitárase mucho la imitación de Jesús con traerle siempre presente, y principalmente en las acciones que fueren más semejantes a las que queremos hacer; lo cual será un arte maravilloso para que aun las obras que hemos de hacer necesariamente, y no son de suyo meritorias, por conformarlas con las de Jesús, sean de excelente merecimiento; e imitaremos a Isaías que dice: "Y mi obra con Dios". Quiso el Señor de la gloria andar, asentarse, dormir, velar y hacer otras cosas semejantes, todo por nuestro bien, para que, ofreciéndolas al Padre, juntándolas con las nuestras, realzase nuestras obras inútiles a grande mérito. Por lo cual propondré aquí alguna práctica de esta

conformación, sacada por la mayor parte del bienaventurado Francisco de Borja.

Si despierta uno por la mañana, acuérdese del primer instante en que Cristo tuvo vida en el vientre de su Madre, con qué caridad amó a Dios y a todo el mundo; y cada uno haga cuenta que así en particular amó, ofreciéndose a la muerte por su salvación, y procure imitarle en aquel fervor. Si se viste, acuérdese de cuando Herodes puso a Cristo la vestidura blanca, para hacer burla de él, o cuando la Virgen amantísimamente vestía y envolvía al niño Jesús. Si entra en el templo, acuérdese de cuando Jesús fue presentado, o cuando fue en peregrinación a visitar el templo de Jerusalén. Si va a orar, acuérdese de cuando Jesús pasó las noches enteras orando sin cansarse, o cuando perseveró en el Huerto en oración fervorosa con tan grandes congojas y tedios. Si oye misa, acuérdese de cuando Jesús consagró el pan y vino en su cuerpo y sangre, y se sacrificó en la cruz. Si reza las horas, acuérdese de cuando Jesús rezó el himno con sus discípulos. Si come, acuérdese de cuando Jesús fue convidado de San Mateo y del Fariseo, o cuando cenó con los Apóstoles. Si da limosna, acuérdese de cuando en el desierto

repartió Jesús el pan a las tropas de gente que le seguían. Si está en pie, acuérdese de cuando Jesús estuvo delante de Pilatos. Si está sentado, acuérdese de cuando lo estuvo Jesús, burlándose de él los sayones, saludándole por escarnio: "Dios te salve, Rey de los judíos". Si anda, acuérdese de cuando pasaba Jesús por Samaria, o subía al monte Calvario. Si va a caballo, acuérdese de cuando entró caballero humildemente en Jerusalén. Si visita un enfermo, acuérdese de cuando los curaba Jesús. Si escribe, acuérdese de cuando Jesús escribió con el dedo en la tierra quien podría apedrear la adúltera. Si lee, acuérdese de cuando mostró Jesús la imagen e inscripción de la moneda del Cesar. Si es reprendido de las buenas obras, acuérdese de cuando Jesús era acusado y murmurado de los judíos, porque en los sábados hacía bien y sanaba a los enfermos. Si es murmurado, acuérdese de cuando los judíos decían de Jesús que echaba los demonios en nombre del príncipe de los demonios. Si padece alguna afrenta pública, acuérdese de cuando Pilatos mostró a Jesús al pueblo, diciendo: "Ecce Homo". Si le acusan falsamente, acuérdese de cuando fue acusado Jesús delante de Anás. Si le hacen injusticia,

acuérdese de cuando Jesús fue condenado a muerte. Si oye una respuesta descortés, acuérdese de cuando el sayón dio una bofetada a Jesús, y dijo: "¿Así respondes al Pontífice?" Si tiene gana de comer, acuérdese de cuando tuvo hambre Jesús en el desierto. Si tiene sed, acuérdese de cuando la tuvo Jesús en la cruz. Si tiene frío, acuérdese de cuando se helaba Jesús en el pesebre. Si le despiertan del sueño, acuérdese de cuando en la nave despertaron los discípulos a Jesús. Si es desamparado de quien confiaba, acuérdese de cuando dejaron a Jesús los discípulos, cuando le prendieron. Si se parte de quien bien quiere, acuérdese de cuando Jesús se despidió de su Madre para ir a morir. Si tiene enfermedad o dolor, acuérdese de cuando azotaban, coronaban y crucificaban a Jesús. Si está para morir, acuérdese de cuando Jesús encomendó su espíritu en las manos del Padre. Si se desnuda, acuérdese de cuando despojaron a Jesús para azotarle y crucificarle. Si se echa a dormir, acuérdese de cuando sepultaron a Jesús o de cuando dormía en la nave, o en los brazos de la Virgen siendo niño.

CAPÍTULO XXIX

De otros actos interiores con que hemos de imitar a Cristo.

Interiormente se puede imitar a Jesús en las molestias y sentimientos de su Corazón. Si el buen consejo que das ves despreciado, acuérdate que mejores consejos dio Jesús y que tú mismo los despreciaste. Si lleva uno con celo ver las ofensas de Dios, acuérdese de Jesús cuando echó del templo los que vendían. Si está sin consolación ni devoción, acuérdese de Jesús, cuando se quejó ser desamparado del Padre. Si ve alguno que vuelve atrás y deja el camino de la virtud acuérdese de lo que sintió Jesús cuando Judas le hizo traición. Si se duele por sus faltas, acuérdese de que Jesús se dolió de ellas primero. Si se duele por pecados ajenos, acuérdese de cuando Jesús lloró sobre Jerusalén y sudó sangre en el Huerto por los nuestros. Si ve los pocos que trabajan en la viña de Dios, acuérdese de cuanto Jesús sintió, cuando se quejó de que la mies era mucha y poco los obreros. Si ve alguna caída en los hombres santos, acuérdese de cuando vio Jesús que San Pedro le negaba. Si está tentado,

acuérdese de que a Jesús tentó también el demonio. Si ve que los malos se enfadan de los devotos y buenos, acuérdese con que ánimo llevó Jesús que los gerasenos le pidieran que se fuese de su tierra. Si ve que los malos hacen burla de los justos y santos, acuérdese de lo que sintió Jesús en la cruz cuando se mofaban de El. Si ve que alguno blasfema, Cristo también lo vio y se dolió en el alma.

Póngase diligencia en la memoria de estas y otras acciones de Jesús; y no dejemos pasar la ocasión de merecer mucho. Grande negligencia y desagradecimiento sería que, pudiendo alcanzar tan fácilmente tan grandes bienes, los despreciemos y hagamos tan poco caso de ellos. Muy fácil cosa es la que aquí se pide, que es lo que se ha de hacer así como así. Hemos de andar, hemos de comer, hemos de padecer, hemos de enfermar, hemos de morir. Si todas estas cosas hacemos y padecemos, y no es por Jesús, fuera de que nos serán más trabajosas, no nos serán de provecho. Si las hacemos por Jesús y mirando a Jesús, el trabajo es menos porque consuela y recrea Cristo a los que trabajan por él; y después el premio será inestimable por juntar nuestras obras con las de Jesús, con lo cual

serán muy agradables al Padre; y, siguiendo a Jesús, no andaremos en tinieblas, sino tendremos la luz de la vida. En la imitación de las acciones exteriores de Cristo, se ha de procurar tener también respeto a su interior, no parando solamente en el bulto de la obra que se ve, sino penetrando hasta lo íntimo de su Corazón santísimo, de donde procedía, considerando cuán heroicos actos hacía, con cuánto fervor y caridad.

CAPÍTULO XXX

Práctica de imitar a Cristo, según el devoto Tomás de Kempis.

Con otra consideración que aconseja el venerable Tomás de Kempis, se puede traer a Cristo presente, y será de gran provecho para imitarle: y es mirar siempre a Jesús en mis hermanos, haciendo todas las cosas que hiciéramos por ellos, como si inmediatamente las hiciéramos por Cristo personalmente, con semejante amor y reverencia, y del modo que

Cristo las hiciera por ellos. El santo hermano Alonso Rodríguez, siendo portero, todas las veces que tocaban la campanilla, se le representaba que Cristo llamaba, respondiendo siempre: Señor, ya voy, acudiendo con gran prontitud y devoción, considerando que Cristo era el que esperaba. Y para descubrirle el Señor lo que le agradaba esta devoción, sucedió aparecérsele visiblemente, abriendo la puerta de nuestra portería y entrar el mismo Cristo por ella, acompañado una vez con su Madre Santísima y otros Santos y ángeles. En los oficios de caridad se ha de tener principalmente esta consideración, de hacerse no sólo por Jesús, sino al mismo Jesús. Es dulcísima voz la de este Señor, que, para consuelo nuestro, dice: "Lo que hiciereis a uno de estos hermanos a mí lo hicisteis". ¡Cuán grande gozo del alma es considerar que el que favorece a su hermano necesitado da la mano a Jesús caído! El que sufre pacientemente la carga que le han puesto, lleva en sus hombros a Jesús, y ese crucificado. El que a su hermano afligido le dice una palabra de consuelo, da un ósculo amoroso Jesús en sus labios bañados de gracia. El que llora culpa ajena y pide perdón por ella, lava y limpia con la Magdalena los pies

de Jesús, y le bautiza con San Juan. El que pacifica al que está enojado, adereza a Jesús en el alma una cama de flores. El que de su plato y comida da a su hermano y al pobre lo mejor, apacienta a Jesús con regalos y deleites de caridad y con un panal de miel. El que estorba palabras ociosas, ahuyenta las avecillas no se coman la simiente de Jesús. El que no quiere oír, ni que se digan murmuraciones, echa los ladrones fuera del templo y casa de Jesús. El que oyendo males ajenos se duele de ellos, cura las llagas sangrientas de Jesús. El que habla cosas de provecho, contando ejemplos santos, regala los oídos de Jesús con suave música, y deleita sus ojos con vistosas y olorosas flores, y derrama aroma en los que lo oyen. El que excusa las faltas de otros y vuelve por su fama, cubre, como otro San Martín, el cuerpo desnudo de Jesús. El que piensa en las obras, humildad y doctrina de Jesús, miel y leche recibe de su boca. El que ora por el enfermo y tentado, resucita con Jesús a Lázaro y llora con Marta y María. El que oye la palabra de Dios y la conserva, duerme sobre el pecho de Jesús, como San Juan Evangelista. El que obedece pronto y humildemente, sigue a Jesús con sus discípulos hasta

el monte Olivete. El que deja todo su querer por el del superior, deja con San Pedro todas las cosas para hacerse apóstol de Jesús. El que sufre alguna incomodidad por su hermano, pone su mano en la cruz y la ofrece a los verdugos para que la enclaven en lugar de la de Jesús. No hemos de hacer cosa que no sea por amor de Jesús, y mirando a Jesús, imitando en este modo de obrar al Padre Eterno, que no hace obra ni gracia, ni beneficio a hombre nacido, que no sea por Jesús, por cordialísimo amor suyo, y mirándole siempre.

CAPÍTULO XXXI

Modo de imitar a Cristo que usaba San Pablo.

Adviértase con todo eso que no se ha de olvidar uno, porque mire en sus hermanos a Cristo, de mirarle también en sí mismo y dentro de su corazón, cuyo cuerpo y carne se ha de juzgar, como ya dijimos. Este modo perfectísimo de imitar a Cristo, parece que usaba San Pablo, cuando dijo que vivía, no en

él, sino en él Cristo; y otra vez dice que hablaba en él Cristo. De tal manera ha de hacer uno las obras por Jesús, a quien reconoce en los otros, que no se desuna el del mismo Jesús, sino que obre por Jesús como obrara el mismo Señor, o de la manera que cumpliera Cristo aquella obra si viviera en él y dentro de sus miembros. Y de tal manera sirva uno a su hermano por Jesús, como el mismo Jesús servía a su Padre. Podrá hacernos fuerza el considerar que, si fuera de Cristo, que murió por nosotros, hubiese encarnado otra persona divina, o el Padre Eterno, o el Espíritu Santo, y héchose hombre, y padecido y muerto, no por nosotros, sino solo por el mismo Cristo, de la suerte que Cristo murió por nosotros, ¿con qué ojos y amor y agradecimiento la miraría Cristo, y acudiría a las obras que le hubiesen encargado, o echase de ver que eran su gusto? Esta perfección de obras hemos de tomar por ejemplo, obrando como quien es un cuerpo con la carne de una persona divina, y sirviendo al que es también un cuerpo con Jesús, Dios y hombre. Para llegar a esto, conviene considerar en cada obra, como lo hiciera Cristo Jesús por la gloria de su Padre, o de otra persona infinita, mirando así la modestia y decencia

de la obra exterior, como el fervor interior de su Corazón y constancia invencible de su caridad, para ejecutarlo así nosotros, en cuanto pudiéramos; y el mirar a Cristo, no sólo sea considerando su humanidad a solas, sino con la junta del Verbo, mirando aquella sacratísima alma y como toda empapada en Dios, llena toda y rebosando divinidad, estremeciéndose uno de tan grande majestad con un amor humildísimo y lleno de respeto de su infinita santidad.

También cuando miramos en los pobres a Cristo, no ha de ser siempre considerándole solamente como andaba en el mundo, pobre y con vestido pobre, sino también con la majestad que ahora tiene. Esto ha de hacer estremecernos y reverenciar con humilde corazón al pobre. Por lo cual, Santa Isabel, hija del rey de Hungría, no quería que los pobres la llamasen señora; y es tanta la afabilidad y humildad de Jesús, que quiere miremos a los pobres, no tan solamente como a él inmediatamente, sino casi como con más cariño, y como si les tuviéramos más obligaciones que a su persona divina inmediata. Llamando para hacer una obra de caridad a la esclarecida virgen Catalina de Raconisio, que estaba en ora-

ción, y excusándose ella, le dijo el Señor que fuese. Respondió la virgen: No es bien, Señor, que deje al Creador por la criatura. El Señor le replicó que fuese, con todo eso, que su gusto era le dejasen, por que hiciesen servicio al hombre necesitado. ¿Qué mayor favor nos podía hacer Jesús, que mandar que así nos favorezcan sus siervos, como a su persona misma?

CAPÍTULO XXXII

De la perfección de la imitación de Cristo, que enseña San Ignacio, nuestro patriarca, con el mismo espíritu que San Pablo.

Desee y procure muy principalmente, el que ama verdaderamente a Jesús, imitarle en lo que el mismo Señor más amó, que es su cruz, desprecios, pobreza y dolores, honrándose uno con estas insignias gloriosísimas del Hijo de Dios, abrazándolas en su cuerpo y en su alma, como hacía San Pablo, que se gloriaba que tenía en su cuerpo las llagas de su Señor, y exhor-